

## *Gasto y valor de una exposición*

ELENA RUIZ\*

Una de las cuestiones que más me preocupan cuando visito exposiciones de arte contemporáneo es el presupuesto que manejan. No el gasto de las mismas obras que se exponen, que se supone corren por cuenta de los autores, sino el gasto invertido en la mismísima puesta en escena.

Cuando se habla de producir una exposición ¿qué conceptos abarca? ¿Se extiende la producción a la financiación de la obra de arte o sólo su exposición y difusión?: Tengo la impresión de que se gasta mucho más de lo que sería necesario y proporcional en los medios técnicos, de ambientación y de catálogo, y muy poco en cuestiones que serían una

buena inversión a largo plazo. Y desde luego tengo la sospecha de que se gasta de poco a nada en la producción de la obra misma.

Flota en el ambiente, no sé muy bien porqué, una falsa idea; una exposición es mejor o peor en función de la sofisticación de los medios técnicos que presume. La sencillez parece reñida con la bondad, ¿no es algo perverso?, ¿no están exagerándose los aspectos más triviales de la cuestión?

Con menos frecuencia de la que quisiera veo exposiciones modestas en su concepto e instalación, no importa, con que tengan buena luz y un espacio apacible es suficiente, lo importante son las obras,

\* Directora del Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza.

esos espacios donde la belleza debería conmovier. Pero exposiciones grandilocuentes abundan por doquier y suele ser muy sintomático: las obras carecen casi siempre de belleza. Ya no hablo de pintura, escasísima, hablo de videoinstalaciones, de construcciones varias, de instalaciones, de intervenciones y de obra multimedia. No critico para nada las nuevas tecnologías, es más, me encantan, lo que me preocupa es el uso banal que suele hacerse de ellas.

Debo confesar mi pasión por las intervenciones, cuando el autor trabaja solo y con un espacio singular y se le regalan todas las posibilidades de actuación. Sé, por experiencia, que el artista responde bien a la confianza, como suele ocurrir con cualquiera, si además el gestor le hace llegar su entusiasmo, entonces el resultado tiene bastantes probabilidades de ser muy fecundo. Cuando los presupuestos son limitados todo esto se hace añadiendo componentes muy compensadores, como son los que se derivan de la relación amistosa y de la buena voluntad entre las personas. Se confunde sin embargo, con harta frecuencia, profesionalidad con ausencia de relación personal: o sea, todos los medios técnicos al alcance pero ni un dolor de cabeza, ni un cafetito en medio, ni una pregunta personal, nada. La confusión proviene seguramente de la inseguridad con que se actúa, de la falta de convencimiento sobre lo que se está haciendo y la total falta de conciencia de para quién se hacen las cosas.

Todavía son escasos los públicos que visitan las exposiciones de arte contemporáneo con asiduidad, gusto, interés verdadero y espontaneidad. En las ciudades grandes corren como el viento los prejuicios y los papanatismos.

¿Quién no ha recibido consignas sobre la bondad o maldad de tal o cual exposición? Faltan juicios personales y firmes, ajenos a las influencias. Cada cual debería opinar y pensar por cuenta propia. ¿Por qué no se hace?

Cuando al principio hablaba de que se invertía poco en cuestiones que serían beneficiosas a largo plazo, me refería por ejemplo a la enseñanza. Estoy segura que se precisa mucha más y mejor educación artística y estética, por no decir filosófica (acabo de releer, ya no sé cuantas veces llevo, los libros sobre Goya y sobre Velázquez de Ortega, me atrevería a decir que los dos son absolutamente necesarios e imprescindibles para cualquier diletante, no digamos ya para un historiador del arte... y no sólo por lo que cuentan sino por el método que proponen cuya utilidad servirá ya para siempre)

La frivolidad con la que se destacan o se olvidan a determinados artistas no debería pasar en una sociedad con un buen nivel de conocimiento de arte y con una buena educación de la personalidad y el juicio crítico. El sistema educativo, desde el colegio hasta la universidad, olvida el arte actual y las actitudes necesarias para entenderlo. En ese clima pueden crecer las manipulaciones interesadas. Con este desfase entre la creación y el espectador se camina dando tumbos, crecen las élites de poder en torno a círculos y pican los políticos dotando de presupuestos exagerados a proyectos triviales que no producen beneficios para la mayoría, sino que ayudan a la ceremonia de la confusión.

Se confunden los términos, lo crítico no es necesariamente bueno, el hecho de que una obra de arte sea inteligible para la mayoría no la convierte en insignificante.

Hay conceptos difíciles, nadie dice que el arte deba ser algo fácil, pero se puede llegar a entender, se puede gozar con él, se puede incorporar a nuestras vidas personales enriqueciéndolas, como el paisaje, como tantas otras cosas buenas.

Los políticos de las diferentes administraciones tienen (hablo en general) algunas manías. Lo digo por lo que veo y no tanto por lo que experimento, pues el Museo que dirijo tiene exiguuo presupuesto y pocas perspectivas de crecimiento futuro, lo cual a lo mejor no es tan malo y evita desde luego posibles disparates.

La inversión exagerada en medios técnicos es una de esas manías, que puede incluso llegar a ser una inmoralidad cuando en el reparto proporcional de las inversiones resulta desventajoso para la enseñanza, para la atención de los viejos, para los parques de los niños, para las sombras de las calles, o para la ausencia de ruidos en las noches, por citar sólo algunas cosas que afectan a la función pública.

El disparate no sólo viene de los medios técnicos empleados en los montajes sino en la elección de lo que se quiere exhibir y la publicación que acompaña, el catálogo. Se gasta mucho dinero en libros de papel carísimo, fotografías y textos que nadie o muy poca gente lee y extraña gente escribe. El catálogo es lo que queda, dicen los de mi gremio, sí, pero para el ojeo. ( Y además qué tochos).

Otra vez me pregunto lo mismo: ¿para quién se hace el catálogo? Si es para esas élites no se justifica, el catálogo debe ser para todos, incluidos los visitantes infantiles, y en ese sentido no se escribe nada ni se proporcionan datos que sean accesibles. La experiencia de lo visual, y el arte lo es, no se suple con el documento,

es otra cosa, el documento debería en todo caso evocar, enriquecer el conocimiento, recordarnos las vivencias y en todo caso adorarlas desde un punto de vista poético o interpretativo. Nada de eso se hace, cuando alguna vez he leído los textos de estos monumentos editoriales ( y lo hago porque soy así de sufrida) entiendo poco y me fascina la cantidad de palabras raras o poco usuales, giros rebuscados y ninguna idea. Al final qué, al final nada.

Hay que empezar por el principio, enseñar, enseñar historia lo primero, historia del arte lo segundo, actitudes de esas que hoy muchos llaman antiguas lo tercero, pero que con ellas, sean antiguas o no, la vida se hace civilizada o lo que es lo mismo: gratamente vivible.

Las actitudes de respeto por lo que se enseña, por quién enseña, están hoy muy en desuso, la capacidad de entusiasmo por el saber no digamos. Pues una cosa y otra deberían ser prioritarias en los sistemas educativos y no digamos ya en la familia y en la sociedad, y en los lugares en donde el arte se muestra, principalmente los Museos.

Hay que estudiar la historia del arte para entender el arte actual. Algo que resulta tan obvio es puesto en duda por quien tiene altas responsabilidades, pues lo siento pero no hay vuelta de hoja. Y luego, claro, hay que tener criterio, no todo puede ni debe ser expuesto. El arte de cada época, y estamos hablando del de la nuestra, ha de tener una premisa: ante todo que sea arte.

Los experimentos no se deben vender como obras terminadas sino como lo que son, experimentos, y no por ello menos interesantes y prometedores, es más, pueden las instituciones públicas permitir la

exposición de los mismos, lo que no pueden es disfrazarlos de lo que no son y mucho menos empaquetarlos en montajes millonarios y venderlos como producto exclusivo haciendo sentir al personal su ignorancia y lo alejado que está de lo sublime.

Creo que se puede requerir más sentido común y a veces lo hay. Hace aproximadamente un año fui invitada como vocal por la Directora General de Instituciones del Patrimonio Artístico de la Junta de Andalucía. Se trataba de adjudicar becas para la producción artística de gente joven. Los proyectos eran abundantes y mucho más interesantes de lo que en principio cabía esperar.

Algunos de los merecedores tenían la promesa generosa de exponer en el Centro Andaluz de arte Contemporáneo. Me parece un ejemplo de coordinación de los recursos y de buen sentido.

El artista cuando es serio y joven agradece la ayuda a la producción, le basta una exposición de su obra sin parafernalia, con proporción: está haciendo su carrera y ha de durar muchos años. Esto es un ejemplo del buen gobierno, la pena es que no cunda más, que todo esto sea anecdótico y no vertebrado como proyecto de largo alcance. En las últimas décadas, en nuestro país hemos asistido a la creación de muchos centros y museos de arte contemporáneo. Su calidad arquitectónica y los presupuestos invertidos en su construcción y puesta en marcha seguramente exceden lo imaginado. Me gustaría tener una idea exacta de lo que han costado y siguen costando anualmente estos proyectos culturales a sus diferentes administraciones. ¿Se ha

hecho el mismo esfuerzo y la misma inversión en educación y formación?